copos de blanca espuma, formada por la reventazón de las olas, y que llevan el nombre de *lavanderas*. Son muy peligrosas para las embarcaciones menores que pasan cerca de ellas.

Llegamos á Cozumel en altas horas de la noche, y cuando la luna, con su melancólico brillo, la hacía tomar á nuestra vista fantásticas formas. Por momentos nos parecía una magnífica floresta, rodeada de fuentes y cascadas, á cuya ilusión contribuía el brillo de las olas del mar y la bruma que rodeaba la Isla, cubriéndola como con un manto de transparente gasa. Otras veces, nos parecía una gran población con edificios de caprichosa arquitectura y elevadas torres. Por último, le veíamos la forma de un cementerio de aspecto imponente y poblado de sarcófagos y monumentos construidos al uso de los pueblos antiguos, como las pirámides de Egipto, pertenecientes á la arquitectura de los antiguos mayas, cuyos restos admiró Cortés en su primer viaje á la conquista del Nuevo Mundo.

Así vagaba nuestra imaginación; pero al dar fondo el buque, salimos de nuestros fantásticos sueños para ver la realidad. Cozumel no es más que una isla plana, sin que su terreno tenga montañas, ni sus costas grandes peñascos. Combatida por la confluencia de los dos mares, el Golfo de México y el Mar de las Antillas, se desarrollan en ella vientos fuertes y á veces huracanados, lo que no permite á su vegetación ser elevada. Sus bosques son de poca altura. En cambio la tierra es fértil áun á la orilla del mar, donde no hay arena, sino tierra negra de cultivo.

Hasta que amaneció no se dispuso el desembarque, y antes de que éste se verificase, tuve la fortuna de que se presentase á bordo el Sr. Gregorio Fernández, quien supo me hallaba entre los expulsos, y fué á buscarme, como conocido y amigo, por haberlo servido en la abogacía. Bondadosamente me ofreció y llevó á su casa, y por indicación mía también á D. Eligio Ancona.

CAPITULO VII.

En Cozumel.

La isla de Cozumel puede llamarse como Irlanda: *la esmeralda de los mares*, porque su vegetación es de un verdor constante. Su única población lleva el nombre de San Miguel y es de pocos habitantes: no pasan de 400. En su mayor parte es gente pobre del Oriente del Estado, que pasó á poblar la isla, cuando la sublevación de los indios en 1847. San Miguel está asentada en una caleta al Occidente de la Isla, y dista cuatro leguas de tierra firme. La ocupación habitual de sus habitantes es la agricultura en pequeña escala, sin embargo de lo feraz que es la tierra, porque solo siembran para su consumo. Nada pueden llevar á otra parte por falta de comunicaciones, debida á la peligrosa navegación que hay que hacer para ir á Cozumel. Cuando se vaya por vapor será entonces que tome importancia y se exploten sus terrenos y productos. De la pesca nadie se ocupa, porque el mar es muy profundo. El aspecto del pueblo

es pobre. Sus casas son de palmas y unas cuantas no más hay de cal y canto. Solo cuenta con dos calles regulares.

En tierra nos aguardaba el Sr. Benjamín Pasos, previamente enviado de Alcalde municipal y Comandante militar para aguardar á los que debían ser deportados y servirles de custodio.

Este señor nos recibió con cortesía y nos dijo que quedábamos en libertad dentro de la población, sin poder salir de su recinto. El estar libres en la población era una concesión forzosa, porque no existe ninguna prisión en ella, y la isla es tan poco frecuentada por las embarcaciones, que no nos podíamos fugar, tal, que en más de dos meses que permanecimos en San Miguel, solo vimos dos en su fondeadero. Así es que, el que entra allí, no puede salir á su voluntad. Se aisla del resto del mundo. Tiene murallas como la China, sin más que las suyas son de olas gigantescas que produce el mar.

D. Eligio Ancona y yo fuimos á habitar una casa contigua á la suya que nos dió el Sr. Fernández. Era la última de la población y le llamaba su *quinta*, porque estaba sembrada de árboles de provecho, en particular de cocos. Se hallaba cerca del Cementerio; y por el patio se podía ir al campo, porque no tenía cerco. Así es que, los animales silvestres, podían visitarnos á la hora que quisieran, como en efecto nos visitaban. De noche, cuando ya estábamos recogidos, oíamos cierto ruido y pisadas de manadas de animales, que nos informaron eran puercos del monte. También de noche, se

percibía de entre las palmas de la casa un ruido extraordinario de toda clase de sabandijas, que bien podía decirse que la poblaba *el infinito vivo*, como apellida Michelet al insecto. No pocas veces nos cayeron salamanquesas en las hamacas, y los cangrejos moros nos llevaron los zapatos. Por manera que, en la noche dormían los séres racionales y los irracionales se ponían en actividad, arrullando nuestro sueño, con el concierto de sus múltiples y estridentes ruidos, al que acompañaba el de las olas del mar que teníamos á pocas varas de distancia.

Se encontraba tan solitaria nuestra casa, que un día se quedó á bañarse D. Eligio Ancona, y estando en el baño entró por la puerta del patio un toro de varios de D. Enrique Angulo, que se paseaban en la población, el que seguramente atraido por el ruido del agua, llegó á asecharlo á la bañadera, y no fué pequeño el susto que le dió, porque era un animal muy grande y gordo, sin saber que fuera manso, como después nos informaron.

Instalados en nuestra casa de palmas, pasábamos los días de un modo igual y sin encontrar una ocupación que nos fuese propia. Los pocos libros que pudimos haber los leimos y releimos. Nuestra comida no podía ser más frugal. Casi siempre se componía de puerco del monte, gallina, caracoles y frijoles. Rara vez nos servían carne de chivo y más rara vez de vaca.

Nuestra vida se reducía á pasear por la playa, ó por otra calle en la mañana, á leer algo en la casa á medio día, y á tertuliar en la tarde con nuestros compañeros, hasta bien entrada la noche que nos retirábamos á dor-

mir. Alguna vez vimos las candeladas que los indios bárbaros encendían frente á la isla, en el punto de la costa firme llamado *Maroma*, donde toman sal, y nos acostábamos pensando en su guerra cruel. Entraba en nuestras ocupaciones, la obligación que nos impuso el Sr. Pasos, de presentarnos en su oficina todos los días.

En nuestras tertulias charlábamos de todo, juzgábamos al mundo entero. La política, las ciencias, la historia, la literatura, las artes, todo pasaba por el tamiz de nuestra conversación. Los militares hablaban de sus campañas y aventuras. A veces se entablaba discusión sobre algún punto cualquiera, y teníamos materia para la tarde y noche, sin que nunca la discusión degenerase en disputa y menos en disgusto. Era la parte más soportable de nuestra vida.

Los días, á pesar de la exuberancia de la naturaleza en la isla, que le da un aspecto encantador, los pasábamos tristes, mucho más que se aproximaba el invierno y llovía bastante.

Una tarde observamos que á puestas del sol, una gran línea de loros, procedente de tierra firme, llegó á la isla. Preguntamos lo que ésto significaba, y nos dijeron que, á la salida del sol, los loros pasan á tierra firme á buscar que comer, y á puestas del sol, vuelven á la isla á dormir, en la que ponen sus nidos, porque no hay en ella culebras, ni otros animales ponzoñosos. ¿Quién les enseñó ésto á los loros? El instinto, la naturaleza, sabia maestra de todos los séres que habitan el mundo.

Y ¿por qué será que Cozumel carece de animales

ponzoñosos? No sé la razón, ni la he encontrado en ninguna parte.

Varias tardes vi llegar los loros á la isla, y desde que los divisaba me ponía á esperarlos, pues me imaginaba que eran mensajeros que me traían alguna noticia de mi familia; pero apenas me saludaban con sus chillidos pasando sobre mi cabeza, y se iban á disfrutar de las delicias del amor en sus nidos, libres de las zozobras que les infunden sus enemigos, á los que habían dejado del otro lado del mar. ¡Con qué alegría aportaban á la isla, qué alborozo, qué ruido hacían después de su excursión de un día, cruzando cuatro leguas de mar por dos veces! A su llegada espiraba el día y guardaban silencio. Dormían para repetir lo mismo al día siguiente.

Algunas veces se presentaba la nostalgia entre nosotros, acometiendo particularmente á las personas que ya no eran jóvenes. Una mañana que llovía mucho y que nadie podía salir de su casa, ni á lo más preciso, D. Cayetano Gómez y Pérez se vió obligado á ir fuera; pero á pocos pasos no pudo sostener el equilibrio de su cuerpo, dió en tierra, volviéndose mojado y lleno de lodo, cuyo incidente le consternó, haciéndole derramar lágrimas y afectando á sus compañeros de profunda pena. Aquel día, la tristeza reinó entre los deportados, estuvieron enfermos de nostalgia.

Otros días la alegría vivía entre nosotros, y esto tenía lugar en aquellos días claros, serenos, en que la naturaleza como que está de fiesta y convida á gozar. En esos días todo se hacía bien: el paseo, la comida, la charla; y si por casualidad se presentaba algún aconteci-

miento extraño, como las trombas marinas que á veces aparecían cerca de la Isla, con el anteojo y á la simple vista, de buen humor y entre risas, contemplábamos ese fenómeno portentoso de las aguas.

Tal fué nuestra vida hasta á fines del mes de Noviembre, y en todo ese tiempo solo vimos en el fondeadero de Cozumel una goleta inglesa que arribó allí de paso para Belize, y el pailebot «Mérida,» de la propiedad de D. Darío Galera. Este señor, nos llevó al Sr. Ancona y á mí salvo conducto para volvernos á nuestras casas, habiendo tenido la pena de dejar á nuestros compañeros en la isla, aunque se consolaban con la esperanza de que en seguida harían lo mismo con ellos.

No dejó de haber sus nubecillas de disgustos con el Sr. Pasos, disgustos que tuvo con otras personas, pero no conmigo, y tampoco fueron de consideración, ni de trascendencia.

Cuando la goleta inglesa estuvo en Cozumel, pretendimos fletarla, para que nos llevara á Matamoros, habiendo sido el más empeñado en esto el Dr. Gamboa, quien contrató con el Capitán y arregló el fiete de la embarcación en setecientos pesos; pero en vano la esperamos, porque nunca regresó. Con seguridad el Capitán no creyó que le pudiéramos pagar aquella cantidad, ó tal vez no pudo volver por algún grave motivo; y si hubiera vuelto y nos hubiese conducido á Matamoros, habríamos continuado camino hasta dar con el lugar de la residencia del Supremo Gobierno. Entonces nuevo giro hubiera tomado nuestra vida, porque ésta no es más que una rueda sobre su eje, que al girar, la lleva tras sí

y la hace cambiar de faz á cada movimiento suyo; y cada faz es una evolución en el sér y la vida del hombre. Mas esta rueda, que se llama fortuna, no quiso girar en aquella ocasión, y nos tuvimos que conformar con volver por la misma vía que llevamos.

La casa en que nos reuníamos á charlar todos los días, fué la del Sr. Guillermo Kelly, antiguo marino irlandés, que se casó, vivió y murió en Cozumel, hombre bueno, que daba lástima que hubiera ido á sepultarse en dicha Isla. Me parecía que su determinación había sido una excentricidad inglesa, queriendo imitar á Pablo y Virginia, que habitaron felizmente su isla desierta. Después de todo, Kelly, á su modo era feliz, porque aunque vivía en la pobreza, adoraba á su familia, y también ésta á él, lo que entiendo es cuanto se puede apetecer sobre la tierra. Lo demás no vale la pena, es *vanidad de vanidades*. Los que corren desalados tras la fortuna, merecen compasión ó causan risa.

CAPITULO VIII.

LA VUELTA AL HOGAR.

OCHO días mortales estuvimos aguardando á que el «Mérida» emprendiese su viaje de retorno, para embarcarnos en él y volver á nuestras casas. Al fin nos avisó el dueño del buque su salida, y en efecto nos embarcamos á las cuatro de la mañana del día siguiente al aviso. Era á fines de Noviembre, y al embarcarnos la

mañana estaba serena, el cielo cubierto de estrellas, y nada nos presagiaba un próximo temporal. Solo se distinguían al Norte ciertos celajes y algún relámpago de vez en cuando, que á nadie alarmaban; pero una hora después de haber empezado á navegar el barco, comenzó á soplar un viento del Norte, que se hizo muy fuerte en pocos instantes, al grado que no dió tiempo de que se recogieran las velas, sino que las hizo pedazos, dejando al «Mérida» á merced de las olas. Estas crecieron, haciéndose gigantescas, precipitándose sobre la pobre embarcación, como si trataran de aplastarla con sus enormes masas. Juguete el «Mérida» de las olas y de los vientos, unas veces se inclinaba tanto, que las puntas de sus mástiles tocaban las aguas, otras, subía sobre las montañas de olas, que parecía iba á tocar al cielo. Estos movimientos los efectuaba con violencia, ya de popa á proa, ó ya de babor á estribor. No tardó en perder por completo todo gobierno, y marchaba sin dirección fija, como si fuera una pluma jugueteada por el norte, por cuya razón á bordo nadie podía tenerse en pie, todos estaban mareados, con inclusión de D. Darío Galera, que al principio se burlaba de los mareados y acabó por marearse. El Capitán D. Lorenzo Alfaro, tenía miedo y no se daba cuenta de lo que hacía. Apenas quedaron firmes y tranquilos el Contramaestre y un marinero que eran *chinos*.

Un golpe de mar rompió parte de la obra muerta del buque, otro lastimó el timón, y otro se llevó la cocina, que se hallaba sobre cubierta. La loza y el cristal del servicio del buque, se hicieron pedazos. Un palo

del buque se rompió, y hubo momentos en que creimos llegada nuestra última hora. En este día, nadie se acordó de la comida; pero al cabo quiso la suerte, que por la tarde, y como guiado el barco por mano misteriosa, entrase por el canal de Isla-Mujeres, al abrigo de su gran bahía, y en ella nos encontramos salvos.

En esta isla estuvimos tres días, mientras se repararon las averías del «Mérida.» Nos hospedó en su casa el Sr. Víctor Sánchez, que era mi amigo y mi cliente, y el más acomodado de Isla-Mujeres. Nos regaló cuanto pudo en aquel lugar, donde las comodidades no son muy abundantes; sin embargo, su mesa era más rica que la de Cozumel, pues como punto de pesca, saboreamos muy buen pescado y tomamos vino, llevado por los viveros españoles y de que carecimos en Cozumel.

También visitamos en Isla-Mujeres á D. Fermín Mundaca, español que tenía su hacienda en una de las extremidades de la Isla, la cual había formado personalmente, desde los cimientos de la casa. Cuidaba bien de la cría de su ganado, que no era escaso. Tenía afición por la estatuaria, y como aficionado, había cincelado un busto suyo, de piedra, que colocó en el centro de los corrales de la finca.

Durante nuestra permanencia en Isla-Mujeres, nos embarcamos en un bote y visitamos las islas inmediatas, entre ellas la llamada «Contoy,» en que hay tal abundancia de pájaros, que se pueden coger con las manos.

Después de tres días, nos volvimos á embarcar y con buen viento el buque hizo rumbo á sotavento, y al

segundo día amanecimos frente á Progreso, en cuyo lugar, que no era más que costa deshabitada y rancho de pesca, suplicamos al Capitán Alfaro que nos echase á tierra, y así se verificó, llevándonos el bote del «Mérida.» Ya en tierra, almorzamos lo que pudimos haber, en la casa de D. José León Rubio, único habitante que había en Progreso.

Al desembarcar, el Celador de la Aduana marítima de Sisal, D. Pastor Rosado, que estaba de destacamento, nos manifestó que no tenía orden de dejar desembarcar á nadie, y que debíamos seguir viaje á Sisal; pero como ya el bote se había vuelto al buque, y conoció nuestra resolución de pasar sobre cualquier obstáculo, para llegar á nuestras casas, no insistió en que nos volviéramos á bordo y nos dejó hacer nuestra voluntad tranquilamente.

Concluido el almuerzo, alquilamos un mal carruaje, de D. José Galera, nos metimos en él y tomamos el camino de Mérida, llegando á esta Ciudad á las cuatro de la tarde.

No nos arrepentimos de haber venido por Progreso, porque mientras entrábamos en silencio y sin ser apercibidos, nuestros amigos nos esperaban por Sisal, con una recepción bulliciosa que habían preparado, la cual pudo haber despertado la susceptibilidad de las autoridades imperiales, y quizás antes de llegar á nuestras casas hubieran tomado alguna determinación contra nosotros.

Ya en mi casa procuré no salir á la calle sino á lo muy preciso. En ella hacía mis trabajos de abogacía, y casi solo salía para ir á dar lecciones en el Colegio de

Enseñanza primaria y secundaria, que dirigía junto con D. Olegario Molina.

Así se fué pasando el tiempo sin novedad; mas una noche fueron mandados reducir á prisión varios conocidos republicanos, y entre ellos el Lic. D. José Antonio Cisneros y el Coronel Manuel Cepeda Peraza. El Sr. Cisneros fué preso, el Coronel Cepeda Peraza, no, porque consiguió escaparse de los que lo fueron á aprehender á su casa de la plazuela «Unión,» y se fué á ocultar á otra del suburbio de Santiago.

Dicho Coronel me conocía desde niño, porque como había sido aprendiz de platería, visitaba la de mi padre, con quien tuvo amistad, por cuya razón cuando en 1853 vino á sitiar esta Ciudad, llegó á nuestra casa situada en la plaza de la Mejorada, y en ella le dieron asistencia.

Desde su escondite me mandó decir con su compadre y amigo íntimo D. Juan Bautista Negroe, que deseaba hablar conmigo en el lugar que le indicase. Ofrecí darle contestación mientras me proporcionaba otra casa para pasarlo, porque Negroe me manifestó que no estaba bien en la que habitaba. Entonces vi á D. Manuel Cirerol y le pedí la que ocupaba con sus carros su padre político D. Antonio G. Rejón, cerca de la plaza de San Cristóbal. Me la dió y le supliqué á D. Ricardo Molina que lo fuese á buscar en cuanto entrase la noche, para conducirlo á dicha casa. Así lo hizo, tomando una calesa y yendo por él, lo condujo á la plaza de San Cristóbal, donde los aguardaba el Sr. Cirerol, alojándolo convenientemente.

CAPITULO IX.

LA CONSPIRACIÓN.

A LA mañana siguiente estuve á hablar con el Coronel Cepeda Peraza, y me demostró su resolución de emprender la guerra contra el Imperio, si le prestaba mi ayuda y la de mis amigos republicanos. Sin vacilar le contesté que lo ayudaríamos en cuanto pudiésemos, preguntándole desde luego lo que quería que se hiciese, y me contestó: «que deseaba ponerse en comunicación con el Coronel Buenaventura Martínez, á quien le escribiría una carta, indicándole que lo aguardase en Santa Elena ó en Muna, para incorporarse á él y tomar el mando de sus fuerzas.» Por aquellos días fué cuando Martínez derrotó al español Moreno, en la hacienda «Yaxkukul,» en la que lo fué á atacar de orden del Comisario Imperial y sufrió un descalabro, dando por resultado este triunfo de las armas republicanas, que se dictaran las órdenes de prisión contra varios republicanos. También me pidió dicho Coronel, $400 en efectivo, una proclama, un revólver, una espada, un caballo y una camiseta de lana: que lo acompañasen D. Matías J. Cámara, D. Manuel Fuentes, y que D. Ricardo Molina le sirviera de guía, llevándolo por caminos extraviados, hasta ponerlo en contacto con Martínez. Le prometí que todo lo que pedía se le daría, y aunque en realidad no era mucho, en las circunstancias en que estábamos, había que pulsar grandes dificultades para conseguirlo.

En seguida me dirigí á mis íntimos amigos D. Eligio Ancona, Olegario Molina y Cárlos Peón, refiriéndoles lo que había acordado con el Coronel Cepeda, y ellos se manifestaron conformes y dispuestos á dar cuanto pudiesen. A escote reuní los $400 entre varios amigos que contribuyeron de tan buena gana, que D. Manuel Cirerol, no teniendo dinero efectivo, vendió una mula para contribuir con los $50 en que nos habíamos cotizado.

Después me ocupé de ver como hacía yo llegar la carta del Coronel Cepeda Peraza á Martínez. Hice llamar al efecto á mi buen amigo, modesto y valiente D. Teodoro Echazarreta, á quien consideré capaz, por su prudencia y valor, para desempeñar tan arriesgada comisión. Le manifesté mi pensamiento, y sin titubear me contestó «que llevaría la carta y me traería la contestación de Martínez;» pero para prevenir cualquiera eventualidad, necesitaba un pasaporte de la Prefectura Política, porque á la sazón nadie viajaba por el Estado sin pasaporte. Entendía que era fácil conseguirlo, como para ir á comprar maíz en Ticul ó Muna.

Para obtener el pasaporte me valí de mi amigo el Sr. Lic. Diego Peniche, que lo era á la vez del Prefecto Político D. Pantaleón Barrera. A Peniche le dije: que Echazarreta tenía necesidad de un pasaporte en los términos expresados, y que yo no podía ir á pedirlo porque estaba tildado de anti-imperialista: que por esta razón no quería presentarme en la Prefectura; y sobre todo, temía que yendo, fueran á sospechar algo contra Echazarreta, que pedía pasaporte por mi conducto. Se con-

venció de estas razones, y en el acto fué por el pasaporte, me lo llevó, y se lo dí á Echazarreta, junto con la carta que debía entregar al Coronel Martínez, á quien se la entregó cerca de Ticul; pero éste contestó que no le era posible aguardar al Coronel Cepeda Peraza, en los puntos que le indicaba, porque tenía encima fuerzas imperialistas, muy superiores á las suyas, ofreciéndole sí que lo esperaba en Calkiní, á donde pensaba dirigirse, como plaza fuerte para atrincherarse, y que allí le entregaría el mando de las fuerzas. Cepeda Peraza reconoció la firma de Martínez, quedando contentísimo con la contestación, y diciéndonos que el triunfo de la República era seguro, porque tenía la convicción de derrotar á Ortoll, áun con poca fuerza, Jefe que en aquellos días envíaba el imperio á batir á las fuerzas republicanas.

Con dicha contestación procuré que se alistaran las cosas que necesitaba el Coronel para su marcha á Calkiní. En lugar de un práctico, se le proporcionaron dos que le condujeran por caminos extraviados. Hubo que solicitar del lugar en que estaba oculto D. Matías J. Cámara, como uno de los que debían ser presos y también de la casa de D. Manuel Fuentes. Todo se hizo á fuerza de voluntad y venciendo dificultades. Cámara exigió que se le dieran 3 onzas de oro precisamente, y no poco trabajo costó encontrarlas. Fuentes se prestó gustoso sin exigir cosa alguna.

Llegado el día de la marcha, poco después de entrada la noche, armados los viajeros con sus armas de guerra, se despidieron del que habla y de D. Manuel Cirerol, montaron á caballo y salieron de la casa, desfilando rumbo al Sur el Coronel Manuel Cepeda Peraza, D. Matías J. Cámara, D. Manuel Fuentes y los prácticos D. Ricardo Molina y D. Felipe Vado.

¡Cual fué mi sorpresa cuando al día siguiente me contó D. Felipe Ibarra León, que sabía perfectamente que la noche anterior se había ido á la revolución D. Manuel Cepeda Peraza y otros, cosa que creía que todos ignoraban, en particular, que hubiese tenido parte en aquella marcha!; pero me inspiró confianza, así porque era persona de seguridad, como porque él mismo me informó que ya estaba disgustado con el Imperio. ¿Cómo supo de la ida del Coronel Cepeda? No se lo pregunté por discresión, y nunca lo pude averiguar; mas es de creerse que no haya llegado á noticia de las autoridades imperiales, porque ningún indicio dieron de tenerla.

Pasados algunos días, volvieron á esta ciudad los Sres. Molina y Vado, y me informaron que habían dejado á los viajeros cerca de Calkiní; pero al mismo tiempo empezó á circular el rumor de que Martínez y sus tropas republicanas, habían sido derrotados en Calkiní, por el Coronel imperialista D. Juan Sixto Ortoll. El rumor fué tomando proporciones de veracidad y al fin se confirmó la noticia, publicándose por Alcance al Periódico Oficial, en el que se habló de la derrota, añadiéndose en secreto, que habían sido pasados por las armas los prisioneros de guerra.

Grande fué mi perplegidad al confirmarse aquella derrota, pues ignoraba si Cepeda y sus compañeros la sufrieron, si cayeron prisioneros y fueron pasados por las armas, preocupándome por la suerte que hubiesen

corrido, de cualquier modo que fuera. Sobre todo, temía que con la derrota de Calkiní, ya no hubiera base para la campaña que se proponía abrir contra el Imperio el Coronel referido Cepeda Peraza.

Varios días estuve en esta angustiosa situación, sacándome de ella la noticia, la plausible noticia que tuve antes que nadie, de que las tropas imperialistas al mando de Ortoll, fueron derrotadas en Hecelchakán, y aunque esta noticia no la conocía el público, porque la ocultaba el Periódico Oficial, al fin los hechos la publicaron, empezando á llegar los derrotados dispersos, y los heridos; sin embargo, no conocía los pormenores de la acción, la importancia de ésta y los resultados que pudieran esperarse de ella.

Pero á los pocos días se presentó en la Ermita de Santa Isabel una fuerza republicana, y á toda carrera se atrincheró la plaza de armas y la ciudadela de San Benito. Eran las fuerzas del ya General Cepeda Peraza. Entonces con sigilo me dirigí á la Ermita de Santa Isabel y allí encontré al Jefe republicano, quien me impuso de que antes que él llegara á Calkiní, Martínez fué atacado, y por más que hizo, no llegó á tiempo de evitar la derrota, que esperaba sufriese. De suerte que al entrar se encontró con los derrotados que se desbandaban y tuvo que emprender la retirada con ellos, en tan apurado caso, que estuvo á punto de caer prisionero, y solo pudo librarse haciendo uso de los tiros de su revólver. Libre ya de la persecución de los imperialistas, se dirigió violentamente á Hecelchakán, y dejando al mando de esta plaza á D. Matías J. Cámara, con orden de reunir á los dispersos de la derrota y recoger cuanta gente pudiese de la población y sus cercanías, pasó para Campeche en demanda de auxilios que le pudiera proporcionar D. Pablo García, que á la sazón estaba sitiando dicha ciudad. Trató el asunto con el Sr. García, y como la causa era común, pues que si Cepeda Peraza era derrotado en Hecelchakán, el sitio de Campeche tenía que levantarse, y los imperialistas volvían á quedar dueños de la Península, por estas razónes le prestó los pocos auxilios de fuerza que pudo.

CAPITULO X.

LA PRIMERA VICTORIA.

EL Jefe republicano se volvió á organizar la defensa de la plaza de Hecelchakán. En su recinto apenas pudo reunir 400 hombres para resistir la carga de una columna mucho más numerosa, bien armada y equipada, con artillería, su gran tren de elementos de guerra y envalentonada con su reciente victoria de Calkiní.

Dispuso que se arpillerasen los edificios de la plaza, colocó dentro de éstos y las alturas su tropa, y ocultó la caballería, para que, sorprendiendo al enemigo, operase contra él en un momento dado. Avanzó dos guerrillas á las órdenes de D. Matías J. Cámara, á un reducto que se formó á la salida de la población y en dirección al enemigo. La plaza fué atrincherada de la mejor manera. Cámara llevó orden de hacer alguna resistencia cuando